

LA VISION DE DIOS

Por JUAN DE LA CRUZ POSADA

(Discurso en el acto de entrega del título de Doctor Honoris Causa que la Universidad le otorgó al ilustre profesor).

Imposible expresar con palabras lo que he sentido al escuchar la bondadosa y gentil presentación que acabáis de hacer de mi pobre personalidad. Sucede, a veces —y este es el caso— que la palabra es menos expresiva que el silencio. Gracias, doctor, y permitidme el honor de dedicaros la disertación que leeré, en seguida.

Por lo demás, me felicito por haber servido, con motivo de este solemne acto, para oír la bella página literaria, con hondo sentido científico-religioso, que habéis dedicado a la juventud que se levanta hoy, en medio del ofuscador y descorcorante caos de ideas, que va pervirtiendo y desmoralizando la humanidad por todas partes.

Todavía perdura en mi mente la honda emoción que experimenté el día 7 de julio de 1927, cuando de rodillas con mi esposa al lado y muchos otros peregrinos en fila esperando su turno, recibí la bendición del Sumo Pontífice Pío XI y tuve la dicha de besar el anillo de San Pedro. Sucede ahora algo semejante. En su exquisita bondad, el Padre Santo Pío XII ha tenido a bien conceder el permiso solicitado por la dirección de la Universidad Pontificia Bolivariana para otorgarme el honrosísimo título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Naturales.

Por debido acatamiento, por cortesía y por gratitud para con los altos dignatarios de la Universidad, y sobre todo, por venir refrendada por nuestro Santísimo Padre, eximio Pontífice de la Paz como otro de sus dignos predecesores, he aceptado, con íntima emoción, esa inmerecida distinción como una dádiva del Altísimo, que ya pronto pasará, por ley natural, a ser patrimonio de mis descendientes, con esa sola significación.

Para dar cumplimiento a la costumbre establecida en estos casos, os pido benevolencia para escuchar unas cuantas consideraciones sobre la manera como llega o puede llegar a la mente humana el Ser Supremo, Creador, Regulador y Conservador de todo cuanto existe.

Para los ascetas y para los teólogos y filósofos que se remontan con el pensamiento hasta el trono del Altísimo y lo consideran y ponderan en su Infinita Santidad, Sabiduría, Justicia, Poderío y Bondad, la visión de Dios se les manifiesta en arrobadoras fruiciones de

alegría divina, en embriagueces celestiales, en éxtasis sublime. Allí están en esa categoría un Agustín, un Tomás de Aquino, un Ignacio de Loyola, una Teresa de Jesús y cuantos y cuantos más, que han sabido por favor de su Soberano Señor, saborear mentalmente algo siquiera de lo que significa la Deidad, que han principiado desde este mundo a convivir con el que les dio el sér. Felices esas almas que se apartan de la materia y viven vida espiritual, vida divina. Y, sin embargo, por mucho que penetren esos sabios en la ciencia de Dios, nunca llegarán al conocimiento perfecto de la divinidad; alcanzan apenas a los límites que ella misma le ha señalado a la inteligencia humana, más allá de los cuales se entra en los dominios de la Fé, de lo que para sí se ha reservado el Creador.

Para los naturalistas, o sea para las inteligencias sagaces y cultivadas que se dedican al estudio del Mundo Sensible y tratan de sorprender en la materia y en los fenómenos vitales que la animan, los misterios que se relacionan con su origen, su naturaleza, su evolución y en fin, la **visión de Dios** se manifiesta en vislumbrar siquiera cómo se inicia el acto creador y en el descubrimiento de esa esplendorosa y sapientísima cadena de leyes que lo gobiernan en armoniosas y variadísimas manifestaciones.

Para los físicos, por ejemplo, que desde remotos tiempos vienen escudriñando los secretos de la naturaleza de la materia, palpando primero sus propiedades estudiables con los sentidos, para luego internarse en esa admirable serie de observaciones y experimentos que han llevado y están llevando a cabo insignes pensadores, con los cuales se ha ido penetrando en el conocimiento de la trama de los cristales, las moléculas y los átomos, hasta terminar en la conversión de la materia en energía, por la desintegración maravillosa de estos últimos y llegar a las radiaciones y los quanta de acción de Planck y a la "fusión" de unos elementos químicos en otros, como punto final, por el momento, la **visión de Dios** quizás la pueda inducir la inteligencia humana como constante en el acto inicial creador de lo que llamamos materia, por medio de esas **potentísimas radiaciones de esa manifestación de energía divina**, sometida a una serie sorprendente y sapientísima de leyes emanadas del Artífice Supremo, en asombrosa armonía, que las van concentrando en cuerpos gaseosos, líquidos y sólidos.

Para los astrónomos, geólogos, paleontólogos y fisiólogos, dedicados a ciencias que apenas van dando pasos en firme, y llenas por consiguiente, de enmarañadas incógnitas, la **visión del Creador** se presenta, si se quiere más esplendente, más grandiosa. La evolución en el espacio de la **materia concentrada** en cuerpos diversamente avanzados en su ciclo vital, y en variadísimas magnitudes de masas, formando galaxias, constelaciones, sistemas planetarios, cuerpos oscuros, polvos cósmicos, etc., se rige por las leyes que la inteligencia humana va descubriendo, pero sin llegar todavía a definir de una manera inequívoca la forma del conjunto, la integración de su masa total, ni los movimientos completos que sostienen esa enorme fábrica en equilibrio. Mucho se espera, a este respecto, de las ingeniosas observaciones que se están iniciando con el gigantesco telescopio, con reflector de cinco metros de diámetro, instalado en el monte Palomar de California. para

dar una idea de la grandiosidad del Universo y del problema que el hombre tiene entre manos —y sobre todo— de la omnipotencia del Creador, basta saber que se si se considera, como parece, que el Universo tiene una forma aproximadamente esférica, el radio de la esfera sería de unos 3000 millones de años luz y la masa total de la materia podría expresarse por 1.08×10^{22} unidades iguales a la de la masa total del sol. Se puede recordar que un año de luz es la distancia que recorre la luz en un año, a la rata de 300.000 kilómetros por segundo y que la masa del sol es 330.000 veces mayor que la de la tierra y que ésta pesa unos 5.977 trillones de toneladas.

En este espacio o cielo de magnitud casi inconcebible, se mueven actualmente billones y billones de astros, en número hasta ahora incontable, surgidos durante un tiempo que la inteligencia humana no ha señalado todavía con presumible aproximación y lo mismo puede decirse en cuanto a su duración en el porvenir. Se supone, con algún fundamento, que hace unos 2 o 3 millones de años se inició el nacimiento del sistema planetario de nuestro sol, mediante la culminación de movimientos astrales y sucesos ocurridos en ese hormiguero de cuerpos celestes, todo en armonía con el plan del Creador, al cumplirse en el curso de los tiempos, determinadas condiciones, en los momentos oportunos. De allí surgió nuestra Tierra, en que apareció la vida vegetal y animal, con el hombre como culminación. Aunque sí hay presunciones afirmativas, nada se sabe en firme todavía en cuanto a si ha habido, si hay o si podrá haber otros sistemas planetarios semejantes al nuestro o de naturaleza diferente, con planetas adaptables a la vida o que tengan ya vida y qué clase de vida. Es ésta una de las misteriosas incógnitas que la inteligencia humana probablemente no podrá resolver sino en parte.

Pero si la visión de Dios, al considerar su incomparable obra —la materia del cosmos— es deslumbradora, sublime, excelsa, qué podrá decirse al contemplar el fenómeno de la vida, esa manifestación intangible de la materia? El mismo Dios define así, en los dos primeros capítulos del Génesis, lo que su Sabiduría tuvo a bien revelar al hombre: “Y dijo (Dios): Produzca la tierra yerba verde y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto, según su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fue hecho así”.

Qué es pues, la vida en el reino vegetal? No será otra especie de radiación divina, de energía específica del Creador, que le da virtud, capacidad, fuerza atractiva, y afinidad, primariamente, a las combinaciones atómicas minerales —inorgánicas— y luego más variadamente a éstas en conjunción con las orgánicas, en forma de sustancias sólidas, líquidas o gaseosas para unir las entre sí, según leyes que van barruntando los químicos, y culminar mediante un proceso evolutivo, por especies o géneros, que va desde lo simple a lo complejo, en la formación de células que se agrupan en maderas diversas, en flores de variadísimas coloraciones y formas, en frutos de propiedades diferentes, en simientes que servirán para continuar indefinidamente su propagación, mientras subsistan las condiciones propicias para su existencia, según su género o especie, etc...?

Pasando ahora a la vida animal, el Génesis nos dice: “Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que

vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles; y animales de la tierra según sus especies. Y fue hecho así".

En las sencillas y sublimes expresiones: "produzcan las aguas", "produzca la tierra", no estará también, divinamente velada, como se supuso en el caso anterior, el infinito poderío del Artífice Supremo, en forma de una **divina energía radiante especial** que le da virtud o capacidad a las aguas y a la tierra, mediante misteriosas leyes que el hombre apenas trata de vislumbrar, para evolucionar, desde organismos elementales, al iniciarse la serie, hasta los más complejos y perfectos, con la peculiaridad de poseer una **ánima viviente**, que los eleva sobre los vegetales hasta disfrutar del **don del instinto** y de cierta **apariciencia de inteligencia rudimentaria**, con todo lo cual se cumple en ellos el **plan grandioso del Creador**, colocándolos en la segunda serie de los seres con vida?

Llegando ahora a la última etapa de las manifestaciones de la vida en nuestro planeta, encontramos al hombre, Rey de la Creación. A este respecto dice el Génesis: "Y dijo (Dios): Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueva en la tierra. Formó, pues, el Señor Dios al hombre de barro de la tierra, e inspiró en su rostro sopló de vida, y fue hecho el hombre en **ánima viviente**".

Imposible poder alcanzar una **visión de Dios**, del Supremo Artífice, más honda, más penetrante, que la que trae a la mente ese **sopló de vida**, esa **energía creadora**, esa **especial radiación divina**, que llega a animar un organismo —el cuerpo del hombre— formado de esa misma materia— **el barro de la tierra**— nacido también de la nada, con otra radiación de su infinito poder creador, organismo enaltecido, al venir al mundo cada unidad, con un alma espiritual, inteligente, libre e inmortal, a semejanza de su Creador.

Al examinar los paleontólogos los vestigios o fósiles que han ido registrando en los estratos terrestres, como en las hojas de un libro, la existencia de la vida vegetal y animal, desde la era Criptozóica hasta nuestros días, han podido comprobar, de una manera, al parecer terminante, que tales organismos aparecieron en forma de vida, rudimentaria, unicelular, y que han venido evolucionando por especies o géneros hasta los más complejos y perfectos que viven en la actualidad, corroborándose así la presunción de una creación incesante, continuada, mediante el cumplimiento de leyes que van escalonando la aparición de esos organismos, al compás del surgimiento de ambientes o medios adecuados para su existencia, todo en armonía con la evolución de la vida de la tierra misma.

Sintetizando un poco este rudo bosquejo, hecho a grandes pinceladas, cabe preguntar: ¿Podrá la inteligencia humana, en cabeza de sus más ilustres pensadores, encontrar expresiones adecuadas para ponderar la sabiduría e infinito poder del Dios Creador de los Mundos y Criaturas que van apareciendo en el transcurso de los tiempos, en infinidad de series, cuyas unidades adquieren su existencia al cumplir-

se las leyes que para cada caso llevan en su esencia las radiaciones de energía creadora?

Será posible que haya verdaderos ateos, allá en el fondo de su conciencia, después de penetrar en el estudio y consideración del espectáculo del Universo, y que no alcancen a percibir la visión de Dios, de un Artífice Supremo? No serán de carácter tendencioso, acomodaticio, sectario, apasionado, interesado en algún sentido, todos esos llamados **conflictos entre la ciencia y la fé?** Si la Ciencia es el conocimiento de las cosas por sus principios y causas, ¿podrá oponerse a la Fe, que se refiere solamente a lo que Dios ha revelado referente a cuestiones que no están al alcance de la inteligencia humana? Forjar teorías o hipótesis, como la del transformismo integral de las especies o phylum orgánicos no solamente es permitido sino hasta conveniente, para llegar, muchas veces, **ad absurdum**, al verdadero conocimiento de las cosas. La Ciencia verdadera está muy por encima de la Pseudo-Ciencia de los presuntuosos, de los que no alcanzan a quedarse en el dominio de los hechos y dan rienda suelta a su imaginación; a su fantasía y llegan hasta admitir asuntos extravagantes como el de la **generación espontánea, la autocreación.**

Para terminar, respetuosamente, ante este augusto auditorio, pido a la Divina Providencia que impulse las inteligencias capaces y cultivadas de todo el mundo, en el sentido de que abonden, hasta lo más profundo que les sea dable, sus estudios y experimentos en busca de la solución de los secretos de la Naturaleza, como lo está haciendo ya, entre nosotros, el ilustre sabio Einstein con su nueva teoría denominada "**teoría generalizada de la gravitación**" que busca la unificación o relación mutua entre las fuerzas gravitativas y electromagnéticas, en la inteligencia de que se puede estar absolutamente seguro de que nunca se hallará nada que sea científico que se oponga a las verdades reveladas por nuestro Padre Celestial.